

El culpable es el otro: la narrativa policial de Elizabeth Subercaseux

The Other One as the Guilty One: the Noir Literature of Elizabeth Subercaseux

Marcelo E. González Zúñiga

Pontificia Universidad Católica de Chile
mqgonzal@uc.cl

El siguiente artículo revisa la producción de la escritora chilena Elizabeth Subercaseux centrándose exclusivamente en sus novelas que presentan un formato policial tradicional y aquellas que se construyen a partir del mismo. De esta forma, propone un acercamiento a una obra que centra su acción en las clases acomodadas de la sociedad chilena y en donde, además, se presenta tradicionalmente al personaje que no pertenece a este grupo social, como el culpable de acción criminal.

Palabras clave: Novela policial, neopolicial chileno, Elizabeth Subercaseux.

The following article reviews the production of the Chilean writer Elizabeth Subercaseux focusing exclusively on her police novels that have a classic structure and those that are constructed with the classic structure as a basis. Thus, it proposes an approach to a work that focuses its action in the upper classes of Chilean society and also, where the character that does not belong to this social group, is traditionally presented as guilty of criminal action.

Keywords: Detective novel, Chilean neo noir, Elizabeth Subercaseux.

A la luz de sus textos, es evidente que Elizabeth Subercaseaux (Santiago, 1945) cree o está bastante cerca de creer que la vida de la aristocracia o la clase alta es mucho más interesante de relatar, tal y como lo hacía el propio Fitzgerald hace casi cien años¹. Y es que la obra de la autora y periodista chilena, radicada en Estados Unidos, centra su problemática en lo más grande de la sociedad chilena, retirando la investigación policial de los bajos fondos que acostumbra e instalándola en los barrios más altos de la capital. Y no solo sucede esto en los textos policiales en los que centra su interés esta investigación, sino que también en los textos periodísticos y de humor sociológico que la autora publica con mayor frecuencia y que, con una mezcla de ironía y humor, y a medio camino entre la denuncia social y la contemplación, han venido construyendo un retrato, si no certero, al menos bastante cercano de grupos sociales a los que solo se puede optar teniendo un buen apellido de por medio. Como el de la propia autora.

Subercaseaux vive desde la década de los 90 en Estados Unidos y desde ahí se ha mantenido publicando un conjunto de obras que ya alcanza el impresionante número de 27 títulos, entre textos periodísticos convertidos en *best sellers* en el medio nacional y novelas de diverso corte. En el caso de esta investigación, cuatro son los textos que acaparan la atención: *Asesinato en La Moneda* (2007), *Asesinato en Zapallar* (2007), *Las confidentes* (2010) y *La última noche que soñé con Julia* (2012).

A medio camino entre la novela policial, el *thriller* político, la novela rosa e incluso la novela de espías, *Asesinato en La Moneda* es una novela ambiciosa pero que termina por enredarse en sus propias pretensiones en la medida en que no logra llegar a buen puerto ninguna de las tendencias narrativas que conviven en su interior.

Mariana Alcántara, protagonista, es Subsecretaria del Interior de un gobierno sospechosamente parecido a los gobiernos de la Concertación. En el día de su cumpleaños y en las dependencias de la mismísima Moneda, Mariana aparece muerta, asesinada mediante un disparo en la espalda. A partir del crimen, el lector presenciara un sinfín de personajes que circulan como parte de la vida política y sentimental de la protagonista, mientras se intenta dilucidar al asesino: Nicolaas, su marido holandés; Pablo Ariztía, médico de la Presidencia y amante de Mariana; Juan de Dios Bernales, jefe del gabinete; Verónica, secretaria de la protagonista; Lin, jefe de cocina de La Moneda, Julieta Barros, conocida de la víctima y quien hará de investigadora del crimen junto con el Inspector Cabrales, quien, además, ha trabajado en el pasado con la Subsecretaria para desenmascarar al criminal tras el Caso Corrales. A este listado de personajes principales, se les suman otros tantos que inundan

¹ En 1925, Francis Scott Fitzgerald escribía: "Permítanme que les hable de los muy ricos. No son como ustedes o como yo. Poseen y disfrutan a una edad temprana, y eso ejerce una influencia en ellos, los vuelve blandos allí donde nosotros somos duros, y cínicos allí donde somos confiados, de una manera que, a menos que hayamos nacido ricos, difícilmente comprenderemos. En el fondo de su alma, se consideran mejores que nosotros, porque nosotros tuvimos que descubrir por nuestra cuenta las compensaciones y los refugios de la vida. Incluso cuando se adentran en nuestro mundo o caen por debajo de nosotros, siguen considerándose mejores. Son distintos" (Fitzgerald 2011, p. 110).

el texto: los miembros de la familia del Dr. Ariztía, Marcelo Sáez, periodista, Lucrecia, empleada doméstica de la familia Alcántara –infaltable personaje de las novelas de Subercaseaux–, y cuya ahijada, Mágara Frontaura, es pareja de Lalo Corrales, inculpado en el caso que lleva su nombre (pero sobre el que comienzan a caer sospechas acerca de lo certero de la investigación); entre otros. La lista es demasiado extensa y este es uno de los primeros defectos del texto: coexisten en su interior demasiados personajes secundarios, demasiados caracteres no trabajados, estereotipos que le quitan la tensión a la intriga en la medida en que el lector asiste a detalles intrascendentes de la vida de cada uno de estos, logrando que el crimen deje de ser el centro de atención del texto y las miradas se paseen por la clase política ficticia y su estilo de vida. En este sentido, Subercaseaux comete un error insoslayable en toda novela policial clásica y que Cawelti resume así: “The crime must be a major one with the potential for complex ramifications, but the victim cannot really be mourned or the possible complexities of the situation allowed to draw our attention away from the detective and his investigation” (Cawelti, 1976, p. 81). A medida que avanza el texto, todas las acciones y los personajes terminan por desviar la atención del asesinato, sus razones y de lo que es más importante en este tipo de textos, de la investigación.

Dos son las tesis principales que se encuentran detrás del asesinato, como intento de explicación: Por un lado, pareciera ser un crimen político, debido a los alcances que la muerte de la subsecretaria tendría en el entorno público en el que se mueve ella y el resto de los personajes. Ella es una figura emblemática del gobierno, pero además personifica (en teoría) a la figura de la mujer moderna, sin ataduras y comprometida con su profesión:

[d]e alguna forma, la subsecretaria del Interior representaba todo lo que a ella [Julieta Barros] le hubiera gustado ser. Era profesional, tenía éxito y nadie se mostraba indiferente ante su hermosura; no obstante, había hecho de su vida algo más interesante que una mera portada de revista, dedicó su carrera al servicio de los detenidos desaparecidos, los torturados, los exiliados, y cuando volvió la democracia logró meter tras las rejas a varios responsables de atropellos a los derechos humanos. Y también hay que mencionar el caso Corrales, otro símbolo en su carrera, pues Mariana había logrado condenar a ese psicópata con la absoluta convicción de su culpabilidad y dispuesta a jugarse entera para que permaneciera en la cárcel de por vida. En los círculos judiciales la llamaban “Rottweiler” (pp. 19-20).

La aparición de nuevas pistas acerca del viejo Caso Corrales, atraen la atención del lector, en la medida en que la resolución de los crímenes cometidos por el psicópata de Cachagua han catapultado la carrera política de Alcántara y ella misma se ha encargado de transformarlo en su bandera de lucha personal: “[l]a mafia contrató al mejor abogado para sacarlo de la cárcel, mientras Mariana se impuso como misión de vida que Corrales no volviera a pisar la calle como un hombre libre. Dentro de pocos días se reabriría el caso –Mariana le había contado que el abogado de Corrales estaba

presentando una nueva evidencia-, pero era su día libre, ¿no podía quedarse tranquila por veinticuatro horas?” (Abril de 2007, p. 33). Así, la posibilidad de que todo se derrumbe es una sombra que comienza a amenazar a Alcántara cuando comienza la narración y es un motivo más que plausible para los investigadores del caso. Más, cuando amenazas de extorsión y presiones indebidas por parte del Presidente y el Jefe de Gabinete comienzan a salir a la luz en medio del intento por esclarecer el crimen y a medida que la trama se desarrolla:

-¿Qué está insinuando?

-El Presidente le ordena a una subalterna que intervenga en nombre suyo ante otro poder del Estado. La subalterna obedece. El Poder Judicial se compromete a actuar de acuerdo a la voluntad del Ejecutivo. Y pocos días después la subalterna, la mensajera, aparece asesinada...

-No estará insinuando que la asesinó el Presidente de la República.

-Él, con sus propias manos, no, pero hasta no tener claras las cosas, nadie que esté al tanto de lo que se cocina en La Moneda pondría sus manos al fuego por Vásquez, ni siquiera usted, ministro (p. 136).

La segunda tesis que se baraja como causa del asesinato de la subsecretaria es el crimen pasional. Como se señaló, Mariana Alcántara, como mujer moderna que es, no tiene demasiados inconvenientes para mantener un romance digno de novela rosa al interior del palacio de gobierno, con el bien intencionado doctor de cabecera del Presidente, Pablo Ariztía. Nacido como nacen estas cosas, por roces casuales, miradas furtivas y sonrisas cómplices, ambos llevan cerca de un año juntos cuando Alicia, mujer de Ariztía, ha comenzado a sospechar que hay algo más que problemas políticos en los pasillos de La Moneda. Ariztía ve pender de un hilo su matrimonio y su cargo:

[s]abía que era una relación peligrosa, estaba arriesgando su cargo en La Moneda, y tal vez el de Mariana, el presidente no era persona de pasar por alto un escándalo de faldas en palacio, los políticos se habían renovado pero no hasta ese punto; al primer rumor le pedirían la renuncia. Es nuestra vida privada, había dicho Mariana. Todo lo que hagamos entre estas paredes es público. Pero nosotros no hacemos nada entre estas paredes... Sabía que lo cuerdo era terminar, y también sabía que no estaba dispuesto a hacerlo (p. 34).

Nicolaas, esposo de Alcántara, sospecha también de que existe una relación extramarital, pero él es *tan europeo* que no se decide a tomar cartas en el asunto. Alicia, en cambio, sobrepasada e indignada por la situación, logra escabullirse dentro de las oficinas gubernamentales y, solo minutos antes de que Mariana muera, amenaza a su esposo con revelar todo el asunto si no termina la relación de inmediato. Por supuesto que, ante los hechos, es una de las principales sospechosas del asesinato. En menor medida, también,

Aritzía pareciera ser capaz de cometer un crimen de este tipo para ahorrarse los problemas que anteriormente se describían.

Es en esta maraña de sucesos y acciones que parecen trascendentes, pero que terminan por no serlo –como por ejemplo, el que el ministro del Interior sufra un accidente automovilístico previo al asesinato de la subsecretaria– en donde se tiene que mover Julieta Barros y el Inspector Cabrales.

Cabrales es miembro de la policía y, por lo que se sabe en el texto, es un funcionario ejemplar. Tiene una relación amorosa con Julieta Barros, que pareciera avergonzarla más a ella que a él, por las diferencias sociales de Barros y su entorno: “En realidad, lo más lógico hubiera sido que Cabrales las pasara a recoger, pero su amiga Luciana se había anunciado para saludar a Saskia [...] y no quería que Luciana viera llegar a Cabrales... es que la tenía loca con las bromas sobre su relación con él –tu novio, tu pinche o tu peor es nada–, y a ella francamente le cargaba todo eso. Suspiró” (pp. 20-21). Cabrales basa su investigación en la observación detenida de los hechos y las cosas, combinándola con hipótesis previas de trabajo: “Cabrales tenía su cuaderno de notas abierto. Partía todos sus casos tomando notas de lo primero que se le viniera a la cabeza. Había observado detenidamente a los asistentes al funeral” (p. 85). Barros, en cambio, conduce las entrevistas a los sospechosos, pues pareciera tener una mente indagadora y suspicaz, sin dejar de lado el funcionamiento de una lógica racional atada a su conocimiento del mundo: “Sí, pero le dispararon por la espalda, y generalmente cuando se discute no se hace desde atrás, sino de frente...” (p. 97). Para ella, este tipo de lógica es imbatible a la hora de hacer abducciones: “¿Quieres que te lo diga con toda franqueza? No creo que a Mariana la haya matado su amiguito. Y tampoco creo que Corrales tenga que ver con su muerte. No puedo imaginarme nada más estúpido; si un preso quiere salir de la cárcel, no manda a asesinar a la abogada que lo encarceló. No tendría el menor sentido” (pp. 131-32). Sin embargo, el trabajo de detective está lejos del glamour del mundo que se investiga y Subercaseaux no pierde tiempo en hacerlo saber, como si el solo hecho de enunciarlo, le diera un matiz de *suciedad* o *negrura* a sus textos: “–Se lo he dicho hasta el cansancio. Estaba haciendo mi trabajo. Me contrataron para amenazarla y eso fue lo que hice... es decir, lo que traté de hacer. Un trabajo detectivesco como cualquier otro. –Bonita idea la que tiene usted de lo que es ser detective. –¿Va a decirme que el nuestro es trabajo limpio? No me haga reír, inspector, nosotros vivimos con la mierda al cuello, y usted lo sabe mejor que nadie” (p. 142).

Aún con estas características a favor y, pese al éxito de sus empresas en el pasado, Cabrales y Barros no son capaces de dilucidar el misterio que envuelve al asesinato. De manera sucinta, a la rápida, como si no importara realmente, los investigadores descubren que Lin, el cocinero, ha sido la última persona en ver viva a la subsecretaria y solo después de eso, obtienen la confesión de este, lo que termina por contradecir las sospechas de Barros, producto de su raciocinio aparentemente infalible. La confesión, por lo demás, pone en ridículo toda la acción anterior del texto, pues vistas las proporciones y aristas que se han estudiado e investigado a lo largo de toda la obra, el crimen no deja de ser una mera casualidad: “La subsecretaria estaba escribiendo algo en un papel. Al verlo se asustó, abrió el cajón de

su escritorio y sacó una pistola. El chino se aterrorizó. La subsecretaria se acercó a él con la pistola en la mano. Él retrocedió. En un momento, la subsecretaria le dio la espalda para alcanzar el teléfono encima del escritorio. –Ahora mismo llamo a la policía –le dijo, pero él sacó su arma del bolsillo y sin pensarlo apretó el gatillo” (Abril de 2007, p. 189).

Como se ve, la prosa de Subercaseaux es ligera y de rápida lectura. Alterna constantemente los narradores en el texto, en un esfuerzo por combinar diversas perspectivas y realidades, al interior de la sociedad que intenta describir. No pierde tiempo en detalles innecesarios, pero sí en eventos cuya trascendencia no termina por convencer. En donde “se cae de frentón” (Marks, 2007, p. 13) es en los retratos de los sujetos que se encuentran fuera de la clase social que tan bien conoce y maneja y que, vista su producción, siempre terminan siendo los culpables de los crímenes, como si existiera una suerte de determinismo social-antropológico o, peor aún, un clasismo (¿inconsciente?) firmemente arraigado. En el caso de *Asesinato en La Moneda*, que el culpable no sea otro que el repulsivo chef oriental de cocina, marca una estereotipización descarnada; una que ridiculiza la manera de hablar y coordinar las oraciones de estos extranjeros, mientras su descripción física se esfuerza en provocar repulsión y otras sensaciones igual de desagradables, haciendo aún más evidente la no pertenencia de este al mundo que lo rodea. Ni siquiera las empleadas domésticas son tratadas por la autora de la forma en que lo hace con el criminal, quizás porque Subercaseaux aún pertenece a esa vieja clase que considera a estas trabajadoras *como parte de la familia*.

En este sentido, *Asesinato en Zapallar*, su siguiente trabajo, mantiene los aciertos de su predecesor y logra superar casi todas las falencias del mismo, haciendo uso de un viejo y conocido elemento del policial clásico: el escenario, alejado de la urbe, en donde se produce el crimen.

Zapallar, quizás el balneario más tradicional e ilustre del país, que ha visto pasar a toda clase de políticos y personajes del *jet-set* aristocrático, es escenario de una reunión de amigos de infancia entre los que se encuentra nuestra ya conocida investigadora Julieta Barros. El motivo de la reunión es revivir un antiguo juego² que solían realizar en las perdidas tardes de

² El juego consistía en la comisión de un crimen perfecto. A las diez de la mañana se juntaban en la casa de Juan Cristóbal –siempre era en su casa– y se repartían los papeles. En uno de ellos aparecía la palabra “detective”, en otro “asesino”, en un tercero “juez”, y el resto en blanco. A quienes les hubiera tocado los papeles de juez y detective, tenían que anunciarlo ahí mismo, en ese momento, de modo que el asesino no pudiera considerarlos posibles víctimas. Inmediatamente después de la repartija empezaba el juego que se prolongaba hasta las diez de la noche. Hora en que los doce amigos se reunían en la misma casa para dar comienzo al juicio. El crimen debía cometerse durante el día y de la siguiente manera: el asesino tenía que robar un objeto a cualquiera de los participantes, acercarse a la víctima y decirle algo así: ‘te mato con esto, robado a tal persona, a esta hora y en este lugar’; la víctima debía darse por enterada de su papel y decir ‘me doy por muerta’, o algo por el estilo, guardar el objeto hasta la noche y continuar con su vida normal. Al principio del juicio el muerto se identificaba mostrando el objeto con el que había sido asesinado y luego proporcionaba solo dos datos: la hora y el lugar del crimen. El papel del detective consistía en estar alerta a los movimientos de los jugadores durante la jornada, lo que no era tan fácil, pues eran muchos y resultaba prácticamente imposible vigilarlos a todos, considerando que cada cual podía hacer lo que quisiera, bajar a la playa, almorzar en el ‘César’, quedarse en

verano en que se conocieron. El problema, por supuesto, se presenta cuando la lúdica actividad se transforma en real y del crimen *ficticio* se pasa a uno verdadero, expandiendo la sombra de la sospecha y sus alcances sobre todos los participantes del juego. Mientras, el lector asiste a la vida en el balneario y a escenas de la vida cotidiana propia de la clase alta, interrumpidas por un viaje a París, en busca de respuestas que permitan dilucidar el homicidio y, por diversos saltos temporales que realiza el narrador heterodiegético-extradiegético, lo que termina por enredar la maraña en vez de aclararla.

Así, los apellidos *granados* como Girardoux, Grenelle, Dupont, Olavarría y Aytke, entre otros, inundan el texto y se mezclan con los invitados al juego de verano, la "pandilla", como les gusta(ba) llamarse, mientras se da cuenta del medio en que deben moverse Barros y, posteriormente, el Inspector Cabrales, para intentar develar al asesino: Sonia Cox, Eugenio Matta, Luciana Errázuriz y Juan Cristóbal Lyon; Carolina Schmidt, enfermera *por estudiar algo*, pero más preocupada de obtener un marido; Paz Díaz, mujer con dos maridos a cuestas; Pedro Concha, inescrutable hombre que vive todo el año en el balneario; Carlos Solar, *chileno atípico*, en palabras de la detective, por ser soltero y dedicarse a estudiar las *etnias* sudamericanas; Juan Friedman, escultor, Ester Merino, víctima, casada con un editor Francés, residente en París; Gonzalo Carvallo, acaudalado empresario. Como se puede observar, la autora vuelve a pecar de presentar una extensa gama de personajes que terminan por empantanar el texto en la medida en que protagonistas y secundarios no logran diferenciarse del todo y estos últimos entran en la lectura, el ritmo de la narración y la investigación misma. Además, es evidente la cercanía a los estereotipos que presenta la *galería de actores* que se pasean por la playa del litoral en que ocurre el asesinato.

A medida que la trama se desarrolla, entonces, el lector presencia las vidas pasadas de los protagonistas, sus amores inconclusos, deseos y frustraciones varias, en una telaraña en la que los personajes se van enredando progresivamente; lo que permite construir coartadas y motivos para cometer el asesinato de Ester, quien según Barros, generaba animadversión a cada paso: "era una mujer compleja, difícil, conflictiva, muy manipuladora, creo es lo que recuerdo de ella cuando joven, cualquiera pudo haber tenido ganas de verla muerta" (Octubre de 2007, p. 130).

Hay una innecesaria (por lo irresoluta) *puesta en abismo* entre el texto y el juego, pues, conocido el asesinato *real* y con las investigaciones en marcha, los amigos se reúnen y deciden revelar sus papeles en la actividad recreativa fracasada. Así, no es sorpresa cuando Friedman reconoce ser el asesino –en el juego– y que la propia Merino sea la víctima. Prontamente se descubren varias mentiras y secretos: Friedman ha sido amante de Ester, a quien visitaba frecuentemente en París, pero ha tenido una fuerte discusión

la casa, ir a Papudo, etc. Durante el juicio, el juez formulaba las preguntas –¿Dónde estabas a las once y media de la mañana? ¿Alguien te vio? ¿Qué hiciste después de almuerzo entre las tres y las cuatro de la tarde?– ...Finalmente debía descubrir al asesino ayudado por el detective, quien le proporcionaba los datos de los movimientos de los participantes, y por el resto de los jugadores que debían responder verazmente a su interrogatorio. El único que tenía licencia para mentir era el criminal (17-19).

con Antoine, amigo suyo, al descubrir que este también era amante de Merino y que ella planeaba retirarse a vivir al balneario para estar más cerca de él.

A poco andar, Cabrales descubre que en el balneario “medio mundo estaba enamorado de esa mujer” (Octubre de 2007, p. 146): Lyon, por ejemplo, ha guardado un amor secreto por ella que le ha durado toda la vida. La sospecha se cierne sobre Díaz, también, cuando en una conversación con Julieta reconoce saber de un antiguo *affaire* entre la víctima y su actual marido:

–No la puedo ver –dijo Paz sorprendiendo a Julieta. Nunca la pude ver [...] Mi marido se metió con ella, sí, en uno de sus viajes a París, una Semana Santa que de santa no tuvo nada. Llevábamos muy poco tiempo casados y eso fue lo más doloroso para mí, y no creas que me importó por mi antigua amistad con Ester, que a decir verdad siempre estuvo matizada por el absoluto convencimiento de que Ester había nacido puta y que viviría y moriría como tal. Me dolió que él lo hiciera cuando acabábamos de casarnos, cuando yo estaba terriblemente insegura y vulnerable luego de descubrir que Francisco era homosexual. Julieta se sintió en sintonía con ella.

–Tal vez no fue buena idea venir al juego sabiendo que ella participaría en él. ¿Para qué aceptaste sabiendo que te la encontrarías aquí?

–Para matarla –dijo Paz Díaz (Octubre de 2007, p. 69).

De la misma forma, el desarrollo de la investigación permite conocer más acerca del pasado de ambos detectives. De Barros, por ejemplo, se sabe que tiene una hija, María, producto de su matrimonio con Alberto, cuya relación comenzó en uno de los juegos realizados en el pasado, y quien al momento de la narración ha muerto por causas naturales. De Cabrales, se conoce que es exalumno del Instituto Nacional, en donde fue compañero de curso del Presidente de la República, una de las razones por las que Julieta atribuye su nombramiento como director del Servicio de Investigaciones (Octubre de 2007, p. 24); es descrito como un caballero y vive cerca de ella, en el sector oriente de la capital, como todos los que habitan este mundo ficticio. Es hijo de un miembro del Partido Conservador y toda su vida quiso ser detective.

Una vez que la pareja de investigadores logra resolver las reticencias iniciales de ella acerca de la inocencia de sus amigos y comienzan a indagar en el caso, Subercaseaux utiliza un nuevo *viejo truco* para alimentar las interrogantes: una fotografía, tomada casualmente en los días previos al asesinato, comienza a cobrar vital importancia, pues aparece en esta un rostro cada vez más familiar para Barros, el que inicialmente la perturba, pero que terminará por ser clave en el descubrimiento del criminal.

A la vez, algunas de las señas de la escena del crimen revolotean en la cabeza de Julieta, quien trata de explicarse el orden de los sucesos, a partir de la observación y la unión lógica de los acontecimientos, habilidad que ya había demostrado poseer en la obra anterior, elaborando y elucubrando acerca de una posible extorsión como motivo del asesinato:

Ester se dirigió hacia la playa por el lado de la caleta, llevaba anteojos oscuros, he pensado mucho en el detalle de los anteojos porque puede ser importante, y he llegado a la única conclusión posible: los llevaba como signo distintivo [...] Se puso los anteojos una vez que llegó al restaurante, tomó asiento, esperó a la persona, esta la llamó a su celular y la invitó a subir calle arriba [...] La persona que la llamó la estaba esperando a medio camino entre la playa y la calle de arriba, en medio de la oscuridad. Tiene que haber habido una discusión, una pelea, gritos, la persona perdió los estribos, agarró una piedra y golpeó a Ester en la cabeza. Pero era demasiado alta como para poder golpearla con facilidad. La persona tendría que haber estado un peldaño más arriba y, normalmente, cuando dos personas se detienen a conversar, están una al lado de otra, o se sientan en el mismo escalón (pp. 168-69).

Es evidente la destreza intelectual de la investigadora, quien reúne pistas y plantea hipótesis verdaderamente plausibles, mientras va acaparando la atención del lector. Cabrales, en todo caso, no se queda atrás: "Le pregunté a Filomena cuántas horas tardó en consumirse tu velón y me dijo que por lo menos ocho, lo que significa que Juan Friedman no solo mintió cuando inventó las razones para volver a su casa sino que nunca volvió a ella" (Octubre de 2007, p. 195).

En este contexto es lamentable, entonces, que la pareja de detectives *deba* realizar un viaje a París para continuar con las pesquisas y conocer de primera mano la vida que realmente llevaba la víctima, pues las verdades que van saliendo a la luz a medida que avanza la investigación, la proponen como una mujer cada vez más enigmática, en donde se hace difícil comprender todos los aspectos de su vida privada y las motivaciones personales y deseos que la movían. El viaje, entonces, termina por quitarle intensidad al desarrollo de la narración y contribuye en retardar el esclarecimiento de los hechos: poco es lo que logran aclarar con las interrogaciones a la conexión francesa de esta historia. Proporciona, eso sí, un barniz *globalizador*, algo que podría parecer importante para la autora, pues comparte con sus personajes la experiencia vital de los viajes por el mundo y la vida fuera de Chile. Ahora bien, visto el texto, es evidente que lo más *global* de este es el sinnúmero de *affaires* que tienen los personajes, como si la abundancia de aventuras amorosas extramaritales fuera condición inequívoca del ser europeo y, por tanto, del ciudadano global en la actualidad. En este sentido, el esclarecimiento del crimen aparece más como una nueva trampa al lector que como el producto de un texto honesto y bien armado: el asesinato no es tal, sino que, como sucedió en la obra anterior, todo ha sucedido por accidente. El supuesto *asesino*, Friedman, aparece como el amante despedido, nunca en paz debido a las actitudes de Ester, su enamorada, por quien ha vivido atormentado toda su vida. Es sintomático, por cierto, que la pareja de detectives no logre resolver, a tiempo al menos, la investigación y solo acceda a la resolución de la misma, de forma conjunta con el lector, por medio de una nota de despedida que deja el perpetrador luego de poner fin a su propia vida.

Es así como, habiendo creado una narración que mezcla varios tipos de intrigas de forma sobresaliente, el texto termina por verse disminuido ante un cierre que no está a la altura de su desarrollo y que parece haber sido hecho de forma apurada más que con consciencia y poniendo atención a los detalles.

Es quizás por esta misma razón, un aparente agotamiento al trabajar con este tipo de estructura, que la autora hasta hoy no ha entregado la anunciada tercera parte de la trilogía, supuestamente llamada *Asesinato en Vitacura*. En cambio, lo que sí pareciera haber hecho es adoptar el modelo de novela policial para desarrollar una obra más cercana a sus otros trabajos literarios y no literarios: *Los confidentes*.

Por consiguiente, *Los confidentes* no es una novela policial clásica, ni un *hard boiled* tradicional y ni siquiera una obra que, aparentemente, pudiera formar parte del neopolicial latinoamericano. Sin embargo, es innegable que Subercaseaux abandona la fórmula de la investigación tradicional para situarla como *background* de una historia menos pretenciosa en lo que a estructura se refiere, pero con un objetivo totalmente distinto.

La obra narra en forma paralela la historia de dos mujeres: Juliette y Quinn. Ambas trazan las huellas de diversos eventos de importancia en la vida de cada una que las lleva a coincidir, hacia el final del texto, compartiendo un retiro espiritual en India, en donde de diversas formas, y utilizando diferentes narradores, cada una de ellas va *confesando* su historia. De ahí el título. Coincidencia es el concepto clave, pues desde el epígrafe de la obra, el azar se entremezcla en la vida de una nueva gama sin fin de personajes, que comparten un momento clave en el que sus vidas cambiaron: el 17 de octubre de 1999. Es en esta misma fecha en que se producen tanto rupturas de parejas como varios asesinatos. El lector asiste a estos, a lo largo de toda la obra y en la medida en que se va informando de los hechos y es capaz de reconstruir el pasado de cada una de las protagonistas, logra armar un rompecabezas bastante extenso.

Ahora bien, lo interesante para esta investigación sucede en la primera mitad del texto, en donde la autora construye con una intensidad y un suspenso que, repentinamente, decide hacer desaparecer del resto de la obra. El interés en descubrir quién es el asesino de quien desaparece, en tanto se asiste a una suerte de construcción social del crimen: de la misma forma en que se daba en las dos novelas previas, aquí, el criminal también es *otro*, uno que no pertenece a la clase alta de la sociedad en que se desarrollan los eventos. Presentado sin rodeos –el capítulo en donde se conoce el crimen se llama “El asesino”–, Jessy aparece como un joven violento, hijo único y no deseado de Silvia. Así, pareciera que es el entorno en el que ha crecido el que lo ha condenado a terminar siendo quien es: Silvia lo tuvo a los dieciséis años y, acusada de ser promiscua por su madre, debe buscar trabajo para poder mantenerlo, mientras se le niega techo para criar al “bastardo en el tráiler” (2010, p. 133) en que vivían. Afortunadamente, ella no ha tenido que prostituirse, pero está consciente de lo que tiene y de lo que no: “Dios le había negado muchas cosas, plata desde luego, educación y todo lo demás” (2010, p. 133). De esta manera, cuando suceden los hechos, Silvia ya ha

acumulado años de frustraciones y desencantos con la sociedad y ya no quiere saber nada más de su hijo; este solo le causa problemas y le resultan repulsivas sus acciones y amistades. Se entiende, entonces, que la *única* posibilidad de Jessy sea convertirse en un criminal y, al intentar robar una casa en EE.UU. termina por asesinar a Alexa –mujer de Joshua, uno de los residentes del retiro espiritual en India y examante de Quinn–, quien cuida de él luego de sufrir un ataque y encontrarse en cama inconsciente en el presente de la narración (año 2008).

Por otra parte, un segundo crimen ocurre ese mismo día, pero en Chile. Las causas del mismo también poseen características especiales que ubican al criminal fuera de la aristocracia criolla. Nahuel, Elisa y Prudencia son viejos amigos de la época universitaria. Para 1999, Nahuel y Elisa llevan casados diez años y ella y Prudencia son mejores amigas desde que fueron compañeras en las Monjas Inglesas. Sin embargo, una noche, poco después del matrimonio, Prudencia y Nahuel, sin saber cómo, son presa de un arrebato y terminan teniendo sexo en el living de la casa de esta última. Prudencia se arrepiente porque, entre otras cosas, es una mujer profundamente religiosa... o al menos ella cree serlo, pues vive con su Biblia bajo el brazo, hace clase de catequesis en el campo San Juan, Quillota –propiedad de Nahuel– y cada vez que tiene un pensamiento impuro o revive esa noche de pecado, le reza a Dios y a la Virgen María. El problema es que los propios pecados de Prudencia y un esposo que la engaña, le nublan el juicio, por lo que se dedica a recabar información de cada uno de los habitantes del campo y sus actividades. El poseer *mejor* educación que los temporeros del lugar y tener a la Biblia de su lado, la hace aparecer como una figura de autoridad a los ojos de un grupo que exuda ingenuidad e ignorancia, por todos lados (algo más propio de 1899 que de 1999). Cada día que pasa, ella adquiere más *poder* dentro de la comunidad y empieza a ver con muy malos ojos a quienes, por ejemplo, no comulgan. O tienen *preocupaciones* más allá de la iglesia. O tienen una consciencia de clase, lo que para ella, a todas luces, es un pensamiento anticatólico. Por esto, como no asiste a sus clases, logra que expulsen del trabajo a Filuca García, acusándola de “comunista y camorrera” (2010, p. 147). Y la que sigue en su lista es Nataly Moena, porque hay rumores de que anda con un hombre casado. La “señorita Prude” no necesita más pruebas que su consciencia y logra, también, que la expulsen del campo. Desesperada, Nataly se suicida. Entonces, el mismo día en que Jessy ha asesinado a Alexa, en EE.UU. Filuca vuelve al campo y entra en la casa en que se hospeda Prudencia para arreglar cuentas con ella: “Filuca había atravesado un cordel, una sogá dura y tiesa por su cuello y estaba empezando a apretar con una fuerza descomunal, podía sentir su cuerpo como un ropero detrás del suyo, chico y flaco” (2010, p. 248). Acto seguido, Elisa entra en escena e, inexpresiva, Filuca solo atina a repetir el procedimiento: “avanzó los metros que las separaban y cuando la mujer se le echó encima el terror le impidió gritar, la había inmovilizado sujetando con una mano ambas manos suyas en la espalda mientras con la otra atravesaba algo en su cuello a la altura de la garganta [...] Estaba muerta, pensó Filuca, arrastrando el cuerpo liviano, livianísimo, hasta dejarlo atravesado en el otro sillón. Permaneció unos momentos frente a los dos cadáveres, mirándolos con incredulidad, escindida, como si no tuviera nada que ver con lo recientemente acontecido y ella misma acabara de entrar en la pieza y los hubiera

encontrado allí" (2010, pp. 248-9). A continuación, concurre a la policía del lugar y se entrega reconociendo los asesinatos. Finalmente –en un capítulo bautizado "La asesina"–, el lector presencia las confesiones de la mujer y corrobora su condición social, ajena al mundo de sus (ex) patrones: "No éramos amigas, seguramente nunca habríamos sido amigas, ella era bien arrogante en ese sentido, no era de las que se relacionan con personas de otra clase social" (2010, p. 265).

Finalmente, la tendencia que Subercaseaux parecía iniciar con esta obra tendrá una nueva continuación cuando, en 2012, publique *La última noche que soñé con Julia*.

Este texto se mueve entre tres tiempos narrativos distintos para desarrollar el cómo, el por qué y el cuándo desaparece Julia García, el día de su boda.

La estructura policial se mantiene presente en el texto, en la medida en que Ignacio Alberti, periodista y amigo íntimo de la familia Orrego, aquella con la que unirá lazos la protagonista, debe dirigir la búsqueda. Así, en casi trescientas páginas, se asiste una vez más a la vida de la clase alta, de costumbres añosas, casi perdidas en el tiempo, pero que persisten en el código genético de este tipo de familias. Mientras, la historia va revelando ciertas situaciones que por supuesto complicarán la trama de la investigación: violaciones perdidas en el pasado familiar de los Orrego, silencios comprados, intentos de extorsiones y posibles conflictos políticos que pueden ser develados a la luz del extraño desvanecimiento de García.

De esta forma, Santiago es retratado como una zona rural, aunque solo de mayor tamaño. Los comportamientos entre los diversos componentes familiares se asemejan a lo escenificado en *Los confidentes* y la galería de personajes no logra progresar más allá del cliché.

En este sentido, el culpable vuelve a ser una figura ajena al mundo representado: en medio de fiestas elegantes, casas en la playa y en El Arrayán, de colegios como el Santiago College, el Verbo Divino y las Monjas Francesas; de apellidos como Montes, Orrego, Errázuriz y Müller, el criminal no es otro que el esposo abandonado por Julia García para comenzar una nueva vida: Jonás Silva, exmilitante de izquierda, pegado en una "izquierda desfasada" (*La última noche...* 111), quien guarda cada uno y todos los rencores posibles y adjudicables a los miembros de este sector político y que ve, horrorizado, como García se inserta más y más en la *burguesía* que tanto odia y, peor aún, cómo su hija Camila va siendo comprada (literalmente) poco a poco, irreversible e inevitablemente, por la vida de la elite de la capital.

Es sintomático, a la vez, que la desaparición de Julia no sea un acto intencional ni premeditado, sino que, una vez más, un accidente, como si en las obras de Subercaseaux nadie fuera realmente tan malo como para asesinar con intención, y el pertenecer a la clase social a la que lo hace no fuera *culpa* de nadie: se sabe que los pobres son pobres porque *un poder supremo así lo quiere*. En la obra de esta autora, entonces, todas las familias aristocráticas, *de bien*, guardan uno o más secretos, pero este, pese a que puede llegar a ser horroroso, nunca es tan terrible como para que la vida no

pueda continuar... o el dinero pueda acallar. De la misma forma, todos o casi todos sus personajes femeninos se encuentran atrapados entre un matrimonio infeliz y un orgasmo que nunca llega, pero del que pueden escapar solo con decidir hacerlo, sin que esto les acarree ningún tipo de consecuencia, como si fuera natural y hasta bien visto hacerlo. Después de todo, las mujeres que pueblan estos textos son todas mujeres *modernas*, fuertes y decididas, que no necesitan de un hombre a su lado para conseguir sus metas, sueños y deseos... aunque les haya tomado media vida darse cuenta de que es así. Y en ese contexto, los asesinatos, desapariciones y otros crímenes, no pasan de ser una anécdota.

Conclusiones

Como se puede observar, la obra de Subercaseaux, desde el punto de vista de lo estrictamente policial, ha ido evolucionando en la medida en que suma entregas. Desde unos textos que imitan la fórmula clásica de la novela policial, pero que varían al contextualizarlos con la *supuesta* realidad nacional, la autora ha logrado una hibridación³, un estilo propio, en donde a partir de esa estructura, a veces formulaica, ha creado una obra cuya finalidad está lejos de la forma en que el neopolicial latinoamericano denuncia los problemas sociales y políticos del continente. Hay un intento en estas últimas obras de superar las rígidas condiciones que aparentemente inundan las obras de género, por lo que la autora corre riesgos narrativos evidentes que llegan a buen término y que terminan por refrescar el panorama literario nacional.

A su manera, entonces, se inmiscuye en una clase social que no suele ser visitada por los autores más tradicionales del género. La obra de Subercaseaux se acerca así a una mirada política más conservadora o de centro, formando parte de la *tradicción* abierta y desarrollada en muchos de los textos de Roberto Ampuero, por ejemplo, en el sentido de que si bien estas obras poseen un cierto análisis social, mayoritariamente centrado en los sectores más acomodados de la sociedad chilena, el estilo literario que ellos adoptan les resta peso (aparentemente) como comentarios sociales, pero les hace ganar en público lector y en dinamismo a la hora de la lectura.

Pareciera, por lo mismo, que al retirar la intriga de los bajos fondos en los que se suele desarrollar el género, Subercaseaux, con éxito, es capaz de dar cuenta de la vida de los *ricos* y *famosos* con los que se ha codeado, mediante una mirada atenta y perceptiva. Sin embargo, la misma cercanía a este grupo social impide que el lector tenga la certeza acerca de qué es lo que está leyendo. En la medida en que el mal parece surgir del cruce o choque entre las clases y también producto de la ignorancia y el azar, no existen personajes que se puedan configurar como representantes del mal endémico propio del continente, lo que termina por afectar el efecto paródico que la autora ha señalado buscar a lo largo de toda su obra, perdiendo

³ La hibridación, según Bakhtin, supone una misma cantidad de material heredado como original dentro del texto. De esta manera, esta forma de asimilación intertextual permite dar unos primeros pasos seguros dentro del género y, a la vez, le permite a los autores centrarse más en la trama de su historia que en lo formal.

su fondo y transformándolo en poco más que un mal chiste. La sucesión de tragedias en sus narraciones, en este sentido, no revierte este efecto. Y ciertamente que el trabajo con personajes estereotipados no contribuye a profundizar la exploración pretendida en la obra, ni menos el hecho de que el asesino o criminal siempre sea un personaje que, de una manera u otra, está ajeno a la realidad de la clase alta. La incerteza acerca del depositario de la parodia termina por ser, así, la verdadera interrogante cuando se trata de abordar las obras escritas por la periodista chilena.

Obras citadas

- Bajtín, M. *Estética de la creación verbal*. Sexta edición. México: Siglo XXI editores, 1995.
- Bajtín, Mijaíl M. *Problemas de la poética de Dostoievski*. Santafé de Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Bajtín, Mijail. *Teoría y estética de la novela*. Trabajos de investigación. Madrid: Editorial Taurus, 1989.
- Cánovas, Rodrigo. "Tinta de sangre. Narrativa policial chilena en el siglo XX". *Literatura y Lingüística* (2010): 129-133.
- Cawelti, John G. *Adventure, Mystery, and Romance. Formula Stories as Art and Popular Culture*. Chicago: The University of Chicago Press, 1976.
- Díaz Eterovic, Ramón. "Crímenes y misterios en la narrativa chilena". *Huellas de papel. Tras la pista de la novela policial en Chile*. Santiago: Investigaciones CCE, 2011. 25-87.
- Fitzgerald, Francis Scott. *El curioso caso de Benjamin Button*. Barcelona: DeBolsillo, 2011.
- Marks, Camilo. "Respetables y sospechosos". *Revista de Libros* (2007): 13.
- Subercaseaux, Elizabeth. *Asesinato en La Moneda*. Santiago de Chile: Planeta, Abril de 2007.
- _____. *Asesinato en Zapallar*. Santiago de Chile: Planeta, Octubre de 2007.
- _____. *Las confidentes*. Santiago de Chile: Aguilar Chilena de Ediciones, 2010.
- _____. *La última noche que soñé con Julia*. Santiago de Chile: Planeta, 2012.